



LAS MEMORIAS DE UNA JOVEN MODELNA

HAY que ver lo que afecta el verano a las neuronas de los tíos, tú. En invierno son unos padres de familia normales (es decir, gorditos, libidinosos, un tanto guarreras, reprimidos, paternalistas, moralistas y estúpidos), totalmente normales. Y en verano, zás, la transfiguración a lo doctor Jeckyll, que se les van las mujeres, se quedan de rodríguez y es la leche.

Sobre todo por las noches, cuando los tíos se creen en el derecho de ligar, y se sienten galanes del asfalto. Estoy en un semáforo con mi vespino, la falda india recogida por el aquel de no darme una torta, y el musulmen un tantico al aire, y hala, ahí están todos los de la fila de coches sacando la cabeza por la ventanilla poniendo ojos de cordero degollado y murmurando sutilezas, que si quieres un güiski, nena, que si te tomas una copa conmigo, que a donde vas tan solita a estas horas y así. Los peores son los de los "ciento-veinticuatro" para arriba, que se sienten muy moderno ejecutivos y muy play boys y van detrás de ti erre que erre a dos por hora para no perder el vespino dándote la paliza verbal en cada semáforo: "¿Te darías una vueltecita conmigo?" "Preferiría dármela con tu hijo, prenda". Pero ni por esas: los tíos siguen dando la lata y así a veces tienes comitivas de dos y tres coches detrás tuyo, a dos por hora por las calles desiertas, echándose mutuamente miradas celosas. Total, que un día que con tanto ligón necio y de ínfulas había llegado a hartarme totalmente, decidí aceptarle la invitación a un madurillo ejecutivo de esos de plástico homologado, que olía a agua Brava que echaba de espaldas. Cuando me subí a su coche no te digo los nervios del menda, que se veía que hacía varios siglos que no ligaba y había perdido la costumbre. Vamos, que estaba hecho unas mieles, y se empeñó en llevarme a tomar algo, así es que fuimos al drugstore y allí quería meterme güiski por los ojos, por aquel viejo truco de la borrachera (estos pobres viejos se creen que nos chupamos el dedo, los tíos), y yo le cambié cada ofrecimiento por un sucu-ento batido de chocolate, así es que me quedé ahita a reventar. Y a todo esto, el menda estaba rajando todo el rato tratando de sonsacarme lo "moderna" que yo era para saber "hasta qué punto estás liberada", y se las daba de muy progre, y decía sin venir a cuento que era partidario del amor libre y de la píldora, y que las chicas de ahora éramos estupendas, que sabíamos lo que queríamos y todo este rollo, total, para enterarse si eres de las que te acuestas o no, que son unos palizas de los menos sutiles, los pobres bobos. Bueno, y yo siguiéndole el rollo como si tal cosa y el tío cada vez más solícito, y luego pasamos por el stand de música, y cantaban los Who, y el tío dijo, ves, esta es la música que me gusta, y compró el disco, uno doble, carísimo, para regalármelo, y dijo muy sutilmente que si quería ir a su casa a oírle. Y yo, nada, le dije que sí en plan inocente, y llegamos a su apartamento, de esos modernos plan avenida Generalísimo, con un azulajo de Dios bendiga este hogar tras la puerta y una foto de su mujer, gorda y llena de permanente. Y pusimos el disco, y el tío quería meter mano, y yo le decía sssshhh, escucha, tú, y el hombre se aburría horriblemente con la música y estaba desasosgado echándome ojeadas por el escote. Total, que cuando me oí enterito el álbum doble, me levanté y le dije al tío en plan remate del castigo: las cosas claras, macho, son cincuenta mil la noche, y si no nada. Y el viejo se queda lívido y empieza a tartajear, pepe, pe, pero, me has hecho perder el tiempo, y yo le dije que él a mí también y le mentí le hice creer que yo era una profesional seria, así es que me fui para la puerta ante su mirada atónita, y antes de cerrar le dije que le regalaba a mi vez el disco de los Who, en vista de que esa música le gustaba tanto. Otro día le vi con su mujer y se puso todo rojo. Estuve a punto de besarle la calva, pero me dio pena, porque una es modelna pero en el fondo tiene un corazón de oro.

